

El arca de la redención

Alastair Reynolds

Traducción:
Aitor Solar
Isabel Rosell
Marta García



Prólogo

La nave muerta poseía una obscena belleza.

Skade la rodeó con una pseudoórbita helicoidal mientras los propulsores de su corbeta dibujaban un efímero tatuaje de llamaradas correctivas. El fondo de estrellas giraba detrás de la nave, y el sol del sistema quedaba eclipsado y volvía a asomar con cada revolución de la hélice. Skade había prestado atención al sol durante un tiempo excesivo y sintió una amenazadora presión en la garganta, comienzo de la cinetosis.

No era lo que necesitaba.

Irritada, visualizó su propio cerebro en tres dimensiones, con una compleja transparencia. Como si pelara una fruta, fue apartando las capas de neocórtex y córtex, echó a un lado los trozos de su propia mente que no le interesaban en aquel momento. El telar plateado de su red de implantes, topológicamente idéntico a su esquema sináptico natural, bullía de tráfico neuronal, paquetes de información que corrían raudos de neurona en neurona a un kilómetro por segundo, diez veces más rápidos que las torpes señales nerviosas biológicas. Realmente no podía percibir cómo se movían esas señales, puesto que eso hubiese requerido un ritmo de consciencia acelerado, lo que a su vez hubiese exigido un tráfico neuronal aún más rápido, pero aun así la abstracción le reveló qué partes de su cerebro mejorado estaban más activas.

Se concentró en una región específica de funciones cerebrales llamada el área postrema, una antigua maraña de circuitería neuronal que se encargaba de los conflictos entre la vista y el equilibrio. Su oído interno solo notaba la firme presión creada por la aceleración de la lanzadera, pero sus ojos veían una imagen que cambiaba cíclicamente, cuando el paisaje se retorció por detrás de la nave. Esa antigua zona de su cerebro solo lograba reconciliar aquel conflicto suponiendo que Skade estaba sufriendo una alucinación y, en consecuencia, enviaba señales a otra región cerebral que había evolucionado para proteger el cuerpo de la ingesta de venenos.

Skade sabía que no tenía sentido culpar a su cerebro por hacerle sentir náuseas. La relación entre alucinación y veneno había funcionado muy bien durante millones de años, y había permitido a sus ancestros experimentar con una dieta más amplia de lo que hubiese sido posible en caso contrario. Pero carecía de sentido allí, en la fría y peligrosa frontera de otro sistema solar. Pensaba que lo lógico hubiese sido borrar tales rasgos y recablear diestramente la topología básica, pero eso era mucho más fácil de decir que de hacer. El cerebro era holográfico y confuso, lo mismo que un programa de ordenador demasiado complicado y sin posibilidad de simplificación. Así, Skade sabía que el «apagar» la parte de su cerebro que hacía que se sintiera mareada, afectaría casi con total seguridad a otras regiones de actividad cerebral que compartían parte de la misma circuitería neuronal. Pero podría soportarlo, ya había hecho cosas similares un millar de veces y rara vez había experimentado ningún efecto colateral cognitivo.

Hecho. La región culpable parpadeó en rosa y se cayó de la red. Las náuseas desaparecieron y Skade se sintió mucho mejor.

Pero la furia por el descuido que había cometido no remitió. Cuando era agente de campo y realizaba frecuentes incursiones en territorio enemigo, no habría dejado nunca para el último momento un ajuste neuronal tan simple. Se había vuelto descuidada y eso era imperdonable. En especial ahora que la nave había regresado, un suceso que podía revelarse tan esencial para el Nido Madre como cualquiera de las recientes campañas bélicas. Ya se sentía más perspicaz. La vieja Skade seguía allí, solo necesitaba que la afilaran y le quitaran el polvo de vez en cuando.

[Skade, tendrás cuidado, ¿verdad? Está claro que a esa nave le ha pasado algo muy peculiar].

La voz que oyó era serena y femenina, y estaba confinada por completo en su propio cráneo. Le respondió sin separar los labios:

Lo sé.

[¿Ya la has identificado? ¿Sabes cuál de las dos es, o era?].

Es la de Galiana.

Tras completar la vuelta alrededor de la nave, en su córtex visual tomó forma una imagen tridimensional de la misma, rodeada por un telar de cambiantes notas eidéticas según se extraía más información del casco.

[¿La de Galiana? ¿Nuestra Galiana? ¿Estás segura?].

Sí. Existían pequeñas diferencias de diseño entre las tres naves que partieron juntas, y aunque esta casi podría ser cualquiera de las dos que aún no han regresado, encaja con la suya.

La presencia tardó unos instantes en responder, como hacía en ocasiones.

[Esa era también nuestra conclusión. Pero está claro que le ha sucedido algo a esa nave desde que abandonó el Nido Madre, ¿no te parece?].

Un montón de cosas, si quieres mi opinión.

[Empecemos por la parte delantera y vayamos hacia atrás. Hay evidencias de daños, daños considerables: desgarros y boquetes, secciones enteras del casco que

parecen haber sido arrancadas y desechadas como tejido enfermo. ¿Crees que se trata de la plaga?].

Skade sacudió la cabeza, recordando su reciente viaje a Ciudad Abismo.

He visto muy de cerca los efectos de la plaga de fusión. No parece que se trate de lo mismo en absoluto.

[Estamos de acuerdo, esto es algo distinto. Aun así, deberíamos aplicar las medidas preventivas de una cuarentena completa; puede que se trate de todos modos de un agente infeccioso. Concentra tu atención en la parte posterior, si no te importa].

La voz, que nunca se parecía a las otras que oía de los demás combinados, adoptó un irritante tono de docente, como si ya conociera las respuestas a las preguntas que planteaba.

[¿Qué deduces de las estructuras regulares incrustadas en el casco, Skade?].

Aquí y allá, de forma aleatoria, aparecían cúmulos de cubos negros, de diverso tamaño y orientación. Parecían haberse incrustado en el casco como si este estuviera hecho de arcilla húmeda, y así sus caras quedaban medio ocultas por los restos de material del almacén. De esas acumulaciones brotaban colas curvadas formadas por cubos más pequeños, que se arqueaban como elegantes arcos fractales.

Yo diría que esos eran los que trataban de unirse a alguna otra cosa. Está claro que no fueron lo bastante rápidos como para llegar todos.

[Coincidimos con esa opinión. Sean lo que sean, sin duda hay que tratarlos con el máximo cuidado, aunque es muy posible que ya estén inactivos. Quizá Galiana fue capaz de impedir que siguieran esparciéndose. Su nave ha podido llegar hasta aquí, aunque sea con el piloto automático. ¿Estás segura de que no hay nadie vivo a bordo, Skade?].

No, y no lo estaré hasta que abramos la nave en canal. Pero no parece prometedor: no hay movimiento en el interior ni puntos calientes detectables. El casco está demasiado frío como para que sigan operativos los procesos de soporte vital, a no ser que lleven a bordo un motor criaritmético.

Skade dudó. Ejecutó algunas simulaciones más en su cabeza como procesos secundarios.

[¿Skade...?].

Podríamos tener un pequeño número de supervivientes, lo admito, pero no es posible que el grueso de la tripulación sea otra cosa que cadáveres congelados. Quizá podamos recuperar algunos recuerdos, pero incluso eso es probablemente demasiado optimista.

[En realidad solo nos interesa un cadáver, Skade].

Ni siquiera sabemos si Galiana está a bordo. E incluso si lo está..., incluso si dirigimos todos nuestros esfuerzos a devolverla a la vida... puede que no lo logremos.

[Lo comprendemos. Son tiempos difíciles, al fin y al cabo. Y aunque sería maravilloso conseguirlo, fracasar sería peor que no haberlo intentado en ningún momento. Al menos, para el Nido Madre].

¿Esa es la opinión consensuada del Consejo Nocturno?

[Todas nuestras opiniones son consensuadas, Skade. No se puede tolerar un fracaso palpable, pero eso no significa que no vayamos a intentarlo con todas nuestras fuerzas. Si Galiana está a bordo, haremos lo que esté en nuestras manos para recuperarla. Pero debe hacerse en el más absoluto secreto].

¿Hasta qué punto ha de ser absoluto?

[Será imposible ocultar al resto del Nido Madre la noticia del regreso de la nave. Pero podemos librarlos del tormento de la esperanza, Skade. Se informará de que está muerta sin esperanza de revivir. Dejemos que la pena de nuestros compatriotas sea rápida y brillante, como una nova. Eso servirá para que sus esfuerzos contra el enemigo adquieran más vigor. Pero, mientras tanto, trabajaremos con ella con diligencia y devoción. Si la devolvemos a la vida, su regreso será un milagro. De inmediato nos perdonarán el que hayamos retocado ligeramente la verdad].

Skade pudo contenerse antes de reír en voz alta.

¿Retocar la verdad? A mí me suena a mentira descarada. ¿Y cómo vais a asegurarnos de que Clavain se adhiere a vuestra historia?

[¿Por qué piensas que Clavain puede suponer un problema, Skade?].

A su vez, ella respondió con otra cuestión:

No me digas que tampoco planeáis contárselo a él...

[Esto es la guerra, Skade. Existe un viejo aforismo respecto a la verdad y las bajas con el que no te entretendremos ahora, pero seguro que captas el concepto. Clavain es uno de los principales activos de nuestro arsenal táctico. Su modo de pensar no se parece al de ningún otro combinado y, por ese motivo, nos proporciona una ventaja continua sobre el enemigo. Sufrirá profundamente, como los demás, y le resultará doloroso. Pero después volverá a ser el de siempre, justo cuando más lo necesitamos. ¿No crees que es mejor eso que hacerle soportar un prolongado período de esperanza seguido, con toda probabilidad, de un terrible disgusto?]. La voz cambió de tono, quizá porque percibía que aún necesitaba plantear su argumento de modo convincente: [Clavain es un hombre emocional, Skade, más que el resto de nosotros. Ya era viejo cuando se unió a nosotros, más viejo en términos neurológicos que cualquier otro recluta que hayamos conseguido. Su mente sigue envuelta en viejos esquemas de pensamiento. No debemos olvidarlo. Es frágil y necesita nuestros cuidados, como una delicada flor de invernadero].

Pero mentirle sobre Galiana...

[Puede que no haya que llegar a tanto, nos estamos adelantando a los acontecimientos. Primero tenemos que examinar la nave. Es posible que, después de todo, Galiana no esté a bordo].

Skade asintió.

Eso sería lo mejor, ¿no es cierto? Entonces sabríamos que sigue ahí fuera, en alguna parte.

[Sí. Pero entonces tendríamos que aclarar el pequeño misterio de lo ocurrido con la tercera nave].

En los noventa y cinco años transcurridos desde la aparición de la plaga de fusión, los combinados habían aprendido mucho acerca del control del contagio. Al ser una de las últimas facciones humanas que conservaban una parte importante de la tecnología de la época anterior a la plaga, se tomaban la cuarentena con mucha seriedad. En tiempos de paz, la opción más fácil y segura hubiese sido examinar la nave *in situ*, mientras vagaba por el espacio en los límites del sistema. Pero el riesgo de que los demarquistas notaran la actividad era excesivo, así que se hacía necesario conducir las investigaciones bajo la tapadera del camuflaje. El Nido Madre ya estaba equipado para recibir naves contaminadas, así que constituía el destino perfecto.

Pero, aun así, tenían que adoptar precauciones, y eso conllevaba cierto número de operaciones en espacio abierto. En la primera fase, los servidores extrajeron los motores abriendo con láseres las vigas que los unían a cada lado del afilado casco cónico de la abrazadora lumínica. Un fallo de los motores podría destruir el Nido Madre y, aunque una cosa así era casi impensable, Skade estaba decidida a no asumir riesgos mientras siguiera sin estar claro lo que le había sucedido a la nave. Mientras tanto, ordenó que los cohetes tractores arrastraran trozos de negro hielo cometario insublimado hasta la deslizadora, que después los servidores amontonaron en el casco hasta formar una masilla de un metro de espesor. Los servidores completaron con rapidez su tarea, sin llegar siquiera a entrar en contacto directo con el casco. La nave ya era oscura, pero tras el proceso se ennegreció sobremanera.

Cuando todo hubo terminado, Skade disparó garfios contra el hielo y ancló cohetes tractores alrededor del casco. Como el hielo tendría que soportar toda la tensión estructural del arrastre de la nave, Skade hubo de enganchar mil tractores para evitar que se fracturara una parte de la masilla, y así, al encenderse todos, crearon un espectáculo realmente hermoso: un millar de agujas de fría llama azul que brotaban del negro centro con forma espiral de la deslizadora. La aceleración se mantuvo a un ritmo lento, y los cálculos eran tan precisos que solo necesitó una pequeña ráfaga correctiva antes de la aproximación final al Nido Madre. Las llamaradas estaban coordinadas para coincidir con los puntos ciegos de la cobertura de los sensores demarquistas, fallas de las que estos creían que los combinados nada sabían.

Ya dentro del Nido Madre, el casco fue arrastrado hasta un muelle de acoplamiento de cinco kilómetros de anchura rodeado por una capa cerámica. La dársena se había diseñado específicamente para contener naves con la plaga y era (aunque por poco margen) lo bastante grande como para acomodar una abrazadora lumínica a la que se le hubieran extraído los motores. Los muros de cerámica tenían treinta metros de grosor y cada pieza de maquinaria del interior del muelle estaba protegida contra las variedades conocidas de la enfermedad. Una vez la nave estuvo dentro, se selló la cámara junto al equipo de examen escogido personalmente por Skade. Como el muelle solo tenía unas mínimas conexiones de datos con el resto del Nido Madre, el equipo tenía que ir muy bien preparado para enfrentarse a lo que suponía aislarse del resto del millón de combinados del

nido. Ese requisito obligó a elegir operarios que no siempre eran los más estables, pero Skade no podía quejarse. Ella era la más rara de todos, una combinada que podía actuar completamente sola y adentrarse más allá de las líneas enemigas.

Cuando la nave quedó afianzada, se presurizó la cámara con argón a dos atmósferas. Mediante una delicada ablación se extrajo todo el hielo de la nave, salvo una delgada capa que se fundió sola durante un período de seis días. Un tropel de sensores rondaban como gaviotas alrededor de la nave, olisqueando el argón en busca de cualquier traza de materia de origen externo. Pero aparte de astillas de elementos del casco, no se encontró nada inusual.

Skade se tomó su tiempo y adoptó todas las precauciones posibles. No tocó la nave hasta que fue absolutamente necesario. Un gravitómetro visual con forma de aro zumbó a lo largo de la nave para sondear su estructura interna, insinuando unos confusos detalles del interior. Casi todo lo que Skade vio coincidía con lo que esperaba por los planos, pero había algunas cosas raras que no deberían estar ahí: alargadas masas negras que se retorcían como un sacacorchos y que se bifurcaban por el interior de la nave. Le recordaron a los rastros de las balas de las imágenes forenses, o a los patrones de las partículas subatómicas al atravesar las cámaras de niebla. Allí donde las masas negras alcanzaban el casco exterior, Skade siempre encontraba una de esas estructuras cúbicas medio enterradas.

Pero todavía quedaba espacio suficiente en la nave para que hubiera sobrevivido algún ser humano, aunque todas las indicaciones apuntaban a que ninguno lo había logrado. El radar de neutrinos y los escáneres de rayos gamma aclararon más la estructura, pero ni siquiera así logró discernir Skade los detalles cruciales. Reluctante, pasó a la siguiente fase de su investigación, el contacto físico. Colocó decenas de martillos neumáticos a lo largo del casco, junto a cientos de micrófonos adheridos. Los martillos comenzaron a golpetear contra el casco. Skade oyó el barullo en su traje espacial, transmitido por el argón; sonaba como un ejército de herreros que trabajaran a destajo en una fundición distante. Los micrófonos estaban atentos a los ecos metálicos de las ondas acústicas que se propagaban por la nave. Una de las más antiguas subrutinas neuronales de Skade desenredó la información contenida en los tiempos de llegada de los ecos y construyó un perfil tomográfico de la densidad de la nave.

Skade lo vio todo teñido de un fantasmagórico color verde grisáceo. No contradecía nada de lo que ya había descubierto y ampliaba su conocimiento en varias áreas, pero no podría distinguir más sin meterse dentro, y eso no iba a ser fácil. Todas las cámaras estancas habían sido selladas desde el interior con taponés de metal fundido. Tuvo que cortarlos, con lentitud y nerviosismo, mediante láseres y taladros de punta de hiperdiamante, consciente del miedo y la desesperación que había experimentado la tripulación. Cuando logró abrir la primera escotilla, envió un destacamento de exploración compuesto por endurecidos servidores, cangrejos con concha de cerámica equipados con la inteligencia justa para hacer su trabajo, y que enviaron imágenes de vuelta hasta el cráneo de Skade.

Lo que encontraron la horrorizó.

La tripulación había sido masacrada. Algunos estaban destripados, aplastados, descuartizados, machacados, cortados a rodajas o fragmentados. Otros aparecían carbonizados, asfixiados o congelados. Era evidente que la carnicería no había sido rápida. Al tiempo que asimilaba los detalles, comenzó a dibujarse una idea de lo que podía haber ocurrido: una serie de escaramuzas repentinas, con puntos de resistencia establecidos en diversas partes de la nave, donde la tripulación había podido preparar barricadas improvisadas contra los invasores. La propia nave había hecho todo lo que estaba en su mano para proteger a los seres humanos de su interior, redistribuyendo las particiones interiores para mantener a raya al enemigo. Había tratado de inundar ciertas secciones con refrigerante o con una atmósfera de alta presión, y en esas secciones Skade halló los cadáveres de unas máquinas extrañas y desgarradas, conglomerados de miles de formas geométricas de color negro.

A Skade no le costó formular una hipótesis. Los cubos se habían adherido a la parte exterior de la nave de Galiana. Se habían multiplicado y crecido, absorbiendo y reprocesando el tegumento de la nave. A ese respecto sí que se parecía un poco a la plaga. Pero la plaga era microscópica, uno nunca discernía a simple vista los elementos individuales de la espora. Aquello era más brutal y mecánico, casi fascista en su modo de replicación. La plaga, por lo menos, imbuía parte de sus antiguas características en la materia transformada y creaba quiméricos fantasmas biomecánicos.

No, se dijo Skade. Estaba segura de que no se enfrentaba a la plaga de fusión, por muy tranquilizador que eso pudiera resultar ya.

Los cubos se habían introducido en la nave como gusanos y después habían formado unidades atacantes, conglomerados de combate. Esos soldados eran los que habían cometido la matanza, avanzando lentamente a partir de cada punto de infección. A juzgar por los restos, eran criaturas desiguales y asimétricas, más parecidas a densos enjambres de avispas que a entidades individuales. Debían de poder retorcerse a través de las aberturas más pequeñas y volver a formarse al otro lado. Aun así, la batalla había sido larga. Según las estimaciones de Skade, podían haber transcurrido varios días hasta la caída final de la nave. Incluso semanas.

Tembló al pensarlo.

Un día después de entrar por primera vez en la nave, sus servidores encontraron algunos cuerpos humanos casi intactos, salvo porque las cabezas habían sido engullidas por yelmos negros formados por los cubos que los rodeaban. La maquinaria alienígena parecía inerte. Los servidores extrajeron trozos de los cascos y descubrieron que los dientes que brotaban de la maquinaria alcanzaban los cráneos de los cadáveres a través de las cuencas oculares, los oídos o la cavidad nasal. Estudios adicionales demostraron que esos dientes se habían ramificado numerosas veces hasta alcanzar una escala microscópica. Se extendían profundamente por el cerebro de los muertos, estableciendo contacto con sus implantes nativos combinados.

Pero las máquinas y sus huéspedes estaban ahora completamente muertos.

Skade trató de deducir lo que había sucedido, aunque los registros de la nave resultaban caóticos. Era obvio que Galiana se había encontrado con algo hostil, pero, ¿por qué los cubos no se habían limitado a destruir la nave de una pasada? La infiltración había sido lenta y dolorosa, y solo tenía sentido si pretendían mantener la nave intacta durante tanto tiempo como les fuera posible.

Tenía que haber otra nave, eran dos las que habían proseguido el viaje. ¿Qué había sido de ella?

[¿Ideas, Skade?].

Sí, pero ninguna que me guste.

[Crees que los cubos querían aprender tanto como pudieran, ¿verdad?].

No se me ocurre otro motivo. Pusieron escuchas en sus mentes para leer su maquinaria neuronal. Estaban recopilando información.

[Sí, estamos de acuerdo. Los cubos deben de haber aprendido mucho sobre nosotros. Hemos de considerarlos una amenaza, aunque no sepamos aún dónde estaba Galiana cuando los encontró. Pero todavía hay un atisbo de esperanza, ¿no crees?].

Skade no lograba ver qué atisbo podía ser ese. La humanidad llevaba siglos buscando una inteligencia alienígena digna de tal nombre, pero todo lo que habían encontrado hasta el momento eran pistas alentadoras: los malabaristas de formas, los amortajados, los restos arqueológicos de otras ocho o nueve culturas muertas. Nunca habían hallado otra inteligencia que aún perviviera y que usara máquinas, nada contra lo que pudieran medirse.

Hasta ahora.

Y esa nueva inteligencia que usaba máquinas se dedicaba, o eso parecía, a acechar, infiltrarse, aniquilar y después invadir los cráneos.

En opinión de Skade, no era lo mejor que se podía esperar de un primer encuentro.

¿Esperanza? ¿Hablas en serio?

[Claro, Skade, porque no sabemos si los cubos lograron transmitir ese nuevo conocimiento de regreso a lo que fuera que los envió. Al fin y al cabo, la nave de Galiana ha logrado regresar a casa. Galiana debió de dirigirla hacia aquí, y no hubiera hecho eso si creyera que había algún riesgo de conducir al enemigo hasta nosotros. Clavain estaría orgulloso, creo yo. Galiana aún seguía pensando en nosotros, en el Nido Madre].

Pero corrió el riesgo...

La voz del Consejo Nocturno la interrumpió bruscamente.

[La nave es una advertencia, Skade. Eso es lo que pretendía Galiana y así debemos interpretarlo].

¿Una advertencia?

[De que debemos prepararnos. Aún siguen ahí fuera, y antes o después volveremos a encontrarlos].

Casi sonáis como si desearais que llegaran.

Pero el Consejo Nocturno no respondió.

Transcurrió otra semana antes de que encontraran a Galiana, ya que la nave era grande y se habían producido muchos cambios en su interior que impedían registrarla con rapidez. Skade había entrado junto a otros equipos de barrido. Vestían pesadas armaduras cerámicas sobre sus trajes de vacío, placas engrasadas como un caparazón que hacían que los movimientos resultaran incómodos a no ser que uno actuara con gran cuidado y previsión. Tras varios minutos tanteando a ciegas y tras acabar atrapada en posturas de las que solo pudo salir retrocediendo laboriosamente, Skade programó un apresurado parche de movimiento corporal y asignó para su ejecución un puñado de circuitos neuronales ociosos. A partir de entonces las cosas resultaron más fáciles, aunque tenía la desagradable sensación de que quien la controlaba era una nebulosa contrapartida de sí misma. Skade anotó en su cabeza que debía revisar más adelante el código, para que las rutinas de movimiento parecieran totalmente voluntarias sin importar lo ilusorio que pudiera ser eso.

A esas alturas, los servidores ya habían hecho cuanto podían. Habían asegurado amplios sectores de la nave y habían rociado los restos de las máquinas alienígenas con resina epoxídica de fibra de diamante. También habían tomado muestras de ADN de casi todos los cadáveres de las zonas exploradas. Cada espécimen individual de material genético había sido identificado con ayuda de los manifiestos de tripulación que se conservaban en el Nido Madre desde la partida de la flota exploradora, pero en la lista aparecían muchos nombres de los que todavía no habían encontrado ninguna muestra de ADN.

Y era inevitable que algunos nombres nunca aparecieran. Cuando la primera nave, la que llevaba a Clavain, regresó a casa, el Nido Madre supo que se había tomado la decisión en el espacio profundo, a decenas de años luz de distancia, de dividir la expedición. Una parte quería regresar, tras haber oído rumores de la guerra contra los demarquistas. También consideraban que ya era hora de entregar los datos que habían acumulado, demasiados como para transmitirlos a casa.

La separación no fue amarga. Hubo tristeza y pena, pero no una verdadera sensación de ruptura. Tras el habitual período de debate, típico en cualquier proceso de toma de decisiones entre los combinados, la división llegó a considerarse el curso de acción más lógico. Así se permitía que la expedición siguiera adelante, al tiempo que se garantizaba que lo ya aprendido regresara. Pero aunque Skade sabía con exactitud quiénes habían decidido quedarse en el espacio profundo, no tenía modo de saber lo que había sucedido a continuación. Solo cabía adivinar qué intercambios habían tenido lugar entre las dos naves restantes. El hecho de que aquella fuera la nave de Galiana no significaba que esta tuviera que estar en ella, así que Skade se preparó para el inevitable disgusto que supondría algo así.

De hecho, sería un disgusto para todo el Nido Madre. Al fin y al cabo, Galiana era su mascarón de proa, la mujer que había creado inicialmente a los combinados, cuatrocientos años antes y a once años luz de distancia, en un batiburrillo de laboratorios bajo la superficie de Marte. Llevaba alejada de ellos casi dos siglos,

lo suficiente para adquirir el estatus mitológico al que siempre se había resistido mientras estaba junto a ellos. Y había regresado (si realmente estaba a bordo de la nave) durante el turno de Skade. Apenas importaba que, con casi total seguridad, estuviera muerta como todos los demás. Para Skade, sería suficiente con traer a casa sus restos.

Pero encontró algo más que restos.

El lugar de reposo de Galiana, si podía llamárselo así, estaba muy apartado del núcleo central de la nave. Lo habían protegido entre barricadas blindadas, muy lejos del resto. Un cuidadoso estudio forense mostró que las conexiones de datos entre la última morada de Galiana y el resto de la nave habían sido seccionadas de forma deliberada desde dentro. Era evidente que había tratado de aislarse y de separar su mente de los demás combinados de la nave.

¿Sacrificio o instinto de supervivencia?, se preguntó Skade.

Galiana estaba en sueño frigorífico, refrigerada hasta un nivel en que todos los procesos metabólicos se detenían. Pero, aun así, las máquinas negras habían llegado hasta ella. Se habían colado a través del blindaje de la arqueta de sueño y se habían introducido por el espacio situado entre Galiana y la superficie interior de la arqueta. Cuando esta fue desmantelada, las máquinas quedaron formando una concha, como una momia de pura negrura alrededor de ella. No había duda de que se trataba de Galiana: los escáneres que se asomaron a la crisálida captaron la estructura ósea, que encajaba a la perfección con la de la mujer. El cuerpo del interior parecía no haber sufrido daños ni putrefacción durante el viaje, y los sensores fueron capaces incluso de captar débiles señales de la red de implantes. Aunque las ondas eran demasiado débiles como para permitir una conexión mente a mente, estaba claro que algo en el interior del capullo aún era capaz de pensar y seguía asomándose al exterior.

Skade dedicó su atención a la crisálida en sí. Los análisis químicos de los cubos no dieron resultado, parecían no estar «hechos» de nada, ni poseer ningún tipo de granularidad atómica. Las superficies de los cubos no eran más que muros lisos de pura fuerza, transparentes a ciertas formas de radiación. Estaban muy fríos, pero continuaban activos de un modo que ninguna otra máquina había alcanzado hasta el momento. Sin embargo, los cubos individuales no resistían la separación de la masa principal y, una vez extraídos, encogían rápidamente y se replegaban hasta un tamaño microscópico. El equipo de Skade trató de concentrar los escáneres en los cubos, con la intención de atisbar algo de lo que encerraban las facetas, pero en ningún caso fueron lo bastante rápidos. Donde habían estado los cubos no hallaron más que unos pocos microgramos de cenizas que se consumían. Presumiblemente, había unos mecanismos en el corazón de los cubos que estaban programados para autodestruirse en ciertas circunstancias.

Cuando el equipo de Skade terminó de apartar la mayor parte de la placa que rodeaba a Galiana, trasladaron a esta a una sala específica, alojada en un muro de la dársena del astropuerto. Trabajaron bajo un frío extremo, decididos a no infligir más daños de los que ya se habían producido. Entonces, con inmenso cuidado y paciencia, comenzaron a pelar la capa final de maquinaria alienígena.

Ahora que la materia que obstruía sus análisis era menor, comenzaron a hacerse una idea más clara de lo que le había sucedido a Galiana. En efecto, las máquinas negras habían entrado a la fuerza en su cabeza, pero el alojamiento parecía más benigno que con cualquier otro miembro de la tripulación. Las máquinas invasoras habían desmantelado parcialmente sus implantes para abrirse paso, pero no había señal de que hubieran dañado ninguna estructura cerebral importante. Skade tuvo la impresión de que los cubos habían estado aprendiendo hasta ese momento cómo invadir cráneos, y que con Galiana al fin habían descubierto cómo hacerlo sin dañar al huésped.

Y entonces sí que sintió una oleada de optimismo. Las estructuras negras estaban concentradas e inertes. Con las medicinas adecuadas sería posible, incluso trivial, desmantelarlas y extraerlas cubo a cubo.

Podemos hacerlo. Podemos traerla de vuelta, tal como era.

[Ten cuidado, Skade. Aún no hemos acabado].

Se demostró que el Consejo Nocturno hacía bien en ser cauto. El equipo de Skade comenzó a apartar la capa final de cubos, empezando por los pies de Galiana. Les encantó descubrir que el tejido de debajo apenas había sufrido daños, y siguieron trabajando en dirección ascendente hasta alcanzar el cuello. Confiaban en poder calentarla hasta devolverle la temperatura corporal, aunque resultase algo más difícil que un ejercicio normal de revivificación de sueño frigorífico. Pero cuando comenzaron a destapar la cara comprendieron que el trabajo no había terminado, ni mucho menos.

Los cubos se movieron, deslizándose sin previo aviso. Se escurrieron y dieron volteretas sobre sí mismos, constriñéndose en nauseabundas oleadas, y la parte final de la crisálida se sumergió en el interior de Galiana como una capa de aceite viviente. La ola negra fluyó por sí sola por la boca, la nariz, los oídos y las cuencas oculares, donde circuló alrededor de los ojos.

Galiana tenía el aspecto que Skade había soñado que tuviera, el de una radiante reina que regresa a su hogar. Hasta su cabello negro estaba intacto; congelado y frágil, por supuesto, pero exactamente igual que cuando los abandonó. Pero la maquinaria negra se había reconstruido dentro de la cabeza, incrementando las formaciones que ya estaban presentes. Los escáneres mostraron que el desplazamiento del tejido cerebral seguía siendo mínimo, pero un mayor número de implantes había sido desmantelado para dejar sitio al invasor. El parásito negro tenía el aspecto de un cangrejo que extendía sus filamentos como garras por diferentes zonas del cerebro de Galiana.

Lentamente, a lo largo de varios días, la llevaron justo por debajo de la temperatura corporal normal. Durante todo ese tiempo el equipo de Skade monitorizó al invasor, pero este no cambió en ningún momento, ni siquiera cuando los implantes que le quedaban a Galiana comenzaron a calentarse y volvieron a interactuar con su descongelado tejido cerebral.

Skade comenzó a preguntarse si todavía podrían ganar.

Resultó que casi acierta.



Oyó una voz. Era una voz humana, femenina, que carecía de ese timbre (o más bien de esa extraña y casi divina ausencia de timbre) que normalmente indicaba que se originaba dentro de su cráneo. Era una voz a la que había dado forma una laringe humana y que se transmitía a través de unos cuantos metros de aire antes de ser descodificada por un sistema auditivo humano, acumulando por el camino toda clase de sutiles imperfecciones. Era la clase de voz que no había oído en largo tiempo.

—Hola, Galiana —dijo la voz.

¿Dónde estoy?

No hubo respuesta. Tras unos instantes, la voz añadió con amabilidad:

—Tú también tendrás que hablar, si puedes. No es necesario más que intentar dar forma a los sonidos, la draga captará la intención de enviar señales eléctricas a la laringe y hará el resto. Pero me temo que limitarse a pensar la respuesta no va a funcionar, no hay enlaces directos entre tu mente y la mía.

Las palabras parecieron tardar una eternidad en llegar. El lenguaje hablado resultaba terriblemente lento y lineal después de siglos de conexión neuronal, aunque la sintaxis y la gramática le resultasen familiares.

Hizo el esfuerzo de hablar y escuchó su propia voz amplificadas que resonaba al decir...

—¿Por qué?

—Ya llegaremos a eso.

—¿Dónde estoy? ¿Quién eres?

—Estás sana y salva. Estás en casa, de vuelta en el Nido Madre. Recuperamos tu nave y te hemos revivido. Me llamo Skade.

Galiana solo era consciente de unas tenues formas que se cernían a su alrededor, pero de pronto la sala se hizo más brillante. Yacía de espaldas, inclinada cierto ángulo respecto a la horizontal. Se encontraba dentro de una caja muy parecida a una unidad de sueño frigorífico, pero sin tapa, de modo que estaba expuesta al aire. Detectó algunas cosas con la visión periférica, pero no podía mover ninguna parte de su cuerpo, ni siquiera los ojos. Una silueta borrosa se plantó delante de ella, inclinada sobre las fauces abiertas de la arqueta.

—¿Skade? No te recuerdo.

—No podrías —replicó la desconocida—. No me uní a los combinados hasta después de tu partida.

Había preguntas, miles de preguntas que precisaban respuesta. Pero no podía hacerlas todas a la vez, sobre todo no con ese torpe y anticuado sistema de comunicación. Por lo tanto, tenía que empezar por algún sitio.

—¿Cuánto tiempo he estado fuera?

—Ciento noventa años, casi exactos. Partiste en...

—2415 —dijo Galiana con presteza.

—Sí. Y la fecha actual es 2605.

Había tanto que Galiana no recordaba con exactitud... Y tantas otras cosas de las que prefería no acordarse. Pero lo esencial estaba bastante claro. Había encabezado un trío de naves que partió del Nido Madre en dirección al espacio

profundo. Su intención era investigar más allá de la frontera bien cartografiada del sector humano, explorar mundos que nunca hubieran sido visitados, en busca de vida alienígena compleja. Cuando los rumores de guerra alcanzaron a las tres naves, una de ellas regresó a casa. Pero las otras dos habían proseguido, serpenteando a través de muchos otros sistemas solares.

Por más que lo intentaba, no acababa de recordar lo que había sucedido con la otra nave que había proseguido la búsqueda. Solo experimentaba una sorprendente sensación de pérdida, un aullante vacío dentro de su cabeza, que debería estar llena de voces.

—¿Y mi tripulación?

—Ya llegaremos a eso —volvió a decir Skade.

—¿Y Clavain y Felka? ¿Lograron regresar, después de todo? Nos despedimos de ellos en el espacio profundo, y se supone que debían retornar al Nido Madre.

Hubo una terrible, terrorífica pausa antes de que Skade contestara.

—Lograron regresar.

Galiana habría suspirado de serle posible. La sensación de alivio la sobresaltó; no se había dado cuenta de lo tensa que estaba hasta que supo que sus seres queridos estaban a salvo.

En los instantes de serena felicidad que vinieron a continuación, Galiana estudió a Skade más de cerca. En ciertos aspectos parecía exactamente igual que una combinada de la época de la propia Galiana. Llevaba puesto un sencillo conjunto de pantalones negros, parecidos a un pijama, y una chaqueta negra holgada, hecha con algo parecido a la seda y desprovista de toda ornamentación o signo de filiación. Era sobriamente delgada y pálida, hasta tal punto que parecía al borde de la anorexia. Su tono facial era céreo y suave; no carecía de atractivo, pero le faltaban las líneas y arrugas de las expresiones habituales. Y no tenía pelo ni en el cuero cabelludo ni el rostro, lo cual le daba el aspecto de una muñeca sin terminar. Hasta ese punto, al menos, resultaba indistinguible de otros miles de combinados. Sin un enlace mente a mente, y desprovistos de la habitual nube de proyecciones fantasmales que les proporcionaban su individualidad, podía ser difícil diferenciarlos.

Pero Galiana nunca había visto a una combinada que se pareciera a Skade. Tenía una cresta, una estrecha estructura rígida que brotaba de su ceja, unos centímetros por encima de la nariz, y que después se curvaba a lo largo de la línea central de su cuero cabelludo. La estrecha superficie superior de la cresta era dura y huesuda, pero los laterales estaban recorridos de estrías verticales hermosamente delicadas. Brillaban con diagramas de difracción de colores azul eléctrico y naranja chispeante, una cascada de sombras de arco iris que variaban al menor movimiento de la cabeza. Pero no era solo un efecto óptico: Galiana vio oleadas diluidas de diferentes colores que fluían por la cresta incluso cuando no había cambios de ángulo.

Preguntó:

—¿Siempre has sido así, Skade?

Skade se tocó la cresta con suavidad.

—No. Esto es una mejora de los combinados, Galiana. Las cosas han cambiado desde que nos dejaste. Los mejores de nosotros pensamos más rápido de lo que puedas creer posible.

—¿Los mejores?

—No pretendía plantearlo de ese modo. Sucede solo que algunos hemos alcanzado las limitaciones del diseño corporal humano básico. Los implantes de nuestra cabeza nos permiten pensar diez o quince veces más rápido de lo normal, todo el tiempo, pero al coste de unos requisitos de disipación térmica superiores. Mi sangre es impulsada por la cresta y después pasa a la red de venillas, donde expulsa el calor. Los conductos están optimizados para tener la mayor superficie y ondean para hacer circular las corrientes de aire. El efecto es visualmente agradable, o eso dicen, pero se trata de algo puramente accidental. De hecho, aprendimos el truco de los dinosaurios. No eran tan estúpidos como se podría pensar. —Skade volvió a acariciarse la cresta—. No es algo que deba alarmarte, Galiana. No todo ha cambiado.

—Oímos que se había desatado una guerra —dijo Galiana—. Estábamos a quince años luz cuando captamos los informes. Primero fue lo de la plaga, desde luego..., y después la guerra. Pero los informes no tenían ningún sentido. Decían que íbamos a combatir contra los demarquistas, nuestros antiguos aliados.

—Los informes eran ciertos —dijo Skade, con cierto tono de arrepentimiento.

—En el nombre de Dios, ¿por qué?

—Fue por la plaga. Derribó la sociedad demarquista, dejando abierto un enorme vacío de poder alrededor de Yellowstone. A petición suya nos dispusimos a establecer un Gobierno interino que tuviera bajo su control Ciudad Abismo y sus comunidades satélites. La idea era: mejor nosotros que otra facción. ¿Te imaginas el caos que hubiesen provocado los ultras o los skyjacks? Bueno, funcionó durante unos pocos años, pero entonces los demarquistas comenzaron a recuperar parte de su antiguo poder. No les gustaba el modo en que habíamos usurpado el dominio del sistema, y no estaban dispuestos a negociar un retorno pacífico del régimen de la demarquía. Así que fuimos a la guerra. Ellos la empezaron, todo el mundo está de acuerdo en eso.

Galiana notó que parte de su júbilo se desvanecía. Había confiado en que los rumores resultasen exagerados.

—Pero evidentemente ganamos —dijo.

—No..., no del todo. Verás, la guerra todavía sigue en curso.

—Pero han pasado...

—Cincuenta y cuatro años. —Skade asintió—. Sí, lo sé. Por supuesto, ha habido paréntesis y treguas, ceses de las hostilidades y breves interludios de distensión. Pero no han cuajado. Los viejos cismas ideológicos se han reabierto como heridas sin cerrar. En el fondo ellos nunca han confiado en nosotros y, por nuestra parte, siempre los hemos considerado luditas reaccionarios, incapaces de afrontar la siguiente fase de la trascendencia humana.

Galiana sintió, por vez primera desde su despertar, una extraña presión similar a una migraña localizada detrás de los ojos. La sensación vino acompa-

ñada de una borrasca de emociones primitivas que surgían desde la parte más antigua de su cerebro de mamífero. Era el terrible miedo a ser perseguido, la impresión de que se acercaba una hueste de siniestros depredadores.

Máquinas, dijo un recuerdo. *Máquinas como lobos, que surgieron del espacio interestelar y persiguieron tu llama de escape.*

Los llamaste lobos, Galiana.

A ellos.

A nosotros.

Ese extraño momento pasó.

—Pero si trabajamos juntos tan bien, durante mucho tiempo... —repuso Galiana—. Sin duda podemos volver a encontrar puntos de acuerdo. Hay cosas más importantes de las que preocuparse que mezquinas luchas de poder sobre quién controla un único sistema.

Skade sacudió la cabeza.

—Me temo que ya es demasiado tarde. Ha habido demasiadas muertes, demasiadas promesas rotas, demasiadas atrocidades. El conflicto se ha extendido a los demás sistemas en los que hay combinados y demarquistas. —Sonrió, aunque su gesto parecía forzado, como si su rostro luchase por recuperar al instante el estado neutro en cuanto relajara los músculos—. Pero las cosas no son tan desesperadas como imaginas. La guerra está decantándose a nuestro favor, despacio pero sin pausa. Clavain volvió hace veintidós años y de inmediato comenzó a influir en el resultado. Hasta su regreso habíamos permanecido a la defensiva y habíamos caído en la trampa de actuar como una auténtica mente de colmena. Eso provocaba que al enemigo le fuese muy fácil prever nuestros movimientos. Clavain nos sacó de esa encerrona.

Galiana trató de apartar de su cabeza el recuerdo de los lobos y de retornar en sus pensamientos a la época en que había conocido a Clavain. Fue en Marte, donde había estado luchando contra ella como soldado de la Coalición por la Pureza Neuronal. La coalición se oponía a sus experimentos para mejorar la mente y consideraba la aniquilación total de los combinados como la única salida aceptable.

Pero Clavain fue capaz de ver el cuadro completo. Primero, como prisionero de Galiana, le hizo comprender lo aterradores que parecían sus experimentos al resto del sistema. Galiana no acabó de comprenderlo hasta que Clavain se lo explicó pacientemente a lo largo de muchos meses de encarcelamiento. Después, cuando fue liberado y se negociaron los términos de un alto el fuego, fue Clavain quien trajo a los demarquistas para que actuaran como tercera parte neutral. Los demarquistas habían diseñado el documento de la tregua, y Clavain presionó a Galiana hasta que lo firmó. Fue un golpe maestro que cimentó una alianza entre los demarquistas y los combinados que habría de durar siglos, hasta que la Coalición para la Pureza Neuronal no fue más que una nota a pie de página en los libros de historia. Los combinados siguieron adelante con sus experimentos neurológicos, que eran tolerados y hasta alentados siempre que no trataran de absorber otras culturas. Los demarquistas hacían uso de sus tecnologías y ejercían de intermediarios ante otras facciones humanas.

Todo el mundo estaba contento.

Pero, en el fondo, Skade se hallaba en lo cierto: aquella alianza siempre había sido incómoda. La guerra, en uno u otro momento, era casi inevitable..., en especial al aparecer algo como la plaga de fusión.

Pero, ¿durante cincuenta y cuatro condenados años? Clavain no hubiera tolerado nunca algo así, pensó. Él hubiese comprendido la terrible pérdida de esfuerzo humano que suponía una guerra tal y habría encontrado el modo de ponerle fin definitivamente, o al menos buscaría un cese permanente de las hostilidades.

La presión similar a una migraña seguía acompañándola, con algo más de intensidad que antes. Galiana tenía la inquietante sensación de que algo miraba a través de sus ojos, desde dentro del cráneo, como si no fuera la única inquilina.

Redujimos la distancia hasta tus dos naves con el trote pausado de antiguos asesinos que no poseen ninguna memoria racial del fracaso. Sentiste nuestras mentes, funestos intelectos al borde de la peligrosa frontera de la inteligencia, tan viejos y fríos como el polvo entre las estrellas.

Sentiste nuestra hambre

—Pero Clavain... —dijo ella.

—¿Qué pasa con Clavain?

—Habría encontrado la manera de acabar con esto, Skade, de un modo u otro. ¿Por qué no lo ha hecho?

Skade apartó la mirada durante un instante, de modo que su cresta recordaba a unas estrechas cumbres vistas de perfil. Cuando volvió a girarse, su faz trataba de adoptar una expresión muy extraña.

Nos viste tomar tu primera nave, ahogada en una masa de inquisitivas máquinas negras. Las máquinas royeron la nave de lado a lado. La viste detonar, la explosión grabó en tu retina su figura de cisne rosado y sentiste una red mental que se desgajaba, como la pérdida de un millar de niños.

Intentaste seguir adelante, pero ya era demasiado tarde.

Cuando alcanzamos tu nave, fuimos más cuidadosos.

—Esto no resulta fácil, Galiana.

—¿El qué?

—Es sobre Clavain.

—Me has dicho que regresó.

—Lo hizo, y también Felka. Pero lamento informarte de que ambos han fallecido. —Las palabras llegaron una detrás de otra, lentas como la respiración—. Fue hace once años. Se produjo un ataque de los demarquistas, un golpe afortunado contra el nido, y ambos murieron.

Solo había una respuesta racional, la incredulidad.

—¡No!

—Lo siento. Ojalá hubiera algún otro modo... —La cresta de Skade destelló de color azul marino—. Ojalá nunca hubiera sucedido. Eran para nosotros valiosos recursos...

—¿«Recursos»?

Skade debió de percibir la furia de Galiana.

—Me refiero a que eran amados. Lloramos su pérdida, Galiana, todos nosotros —explicó.

—Entonces muéstramelo. Abre tu mente, deja caer las barricadas. Quiero verlo desde dentro.

Skade se quedó junto al lateral de la arqueta.

—¿Por qué, Galiana?

—Porque hasta que no lo vea desde allí, no sabré si me estás diciendo la verdad.

—No te miento —dijo Skade con suavidad—. Pero no puedo permitir que nuestras mentes se hablen. Verás, hay algo dentro de tu cabeza. Algo que no comprendemos, salvo que sin duda es alienígena y probablemente hostil.

—No me creo...

Pero la presión detrás de los ojos se agudizó de repente. Galiana experimentó la repulsiva sensación de ser echada a un lado, usurpada, arrinconada en una pequeña esquina inerte de su propio cráneo. Algo indescriptiblemente siniestro y antiguo se había hecho con el control inmediato y se agazapaba detrás de sus ojos.

Se oyó a sí misma hablar de nuevo:

—¿Te refieres a mí?

Skade solo pareció ligeramente sorprendida. Galiana admiró el temple de aquella combinada.

—Tal vez. ¿Quién eres tú, con exactitud?

—No tengo otro nombre que el que ella me dio.

—¿Ella? —preguntó Skade con ligereza. Pero su cresta titilaba de un nervioso color verdusco pálido, que demostraba terror pese a que su voz conservaba la calma.

—Galiana —replicó aquel ser—. Antes de que la conquistáramos nos llamaba, llamaba a mi mente, «los lobos». Alcanzamos su nave y nos infiltramos en ella, después de destruir la otra. Al principio apenas comprendíamos lo que eran. Pero luego abrimos sus cráneos y absorbimos sus sistemas nerviosos centrales. Entonces aprendimos mucho más. Cómo pensaban, cómo se comunicaban, qué habían hecho con sus cerebros.

Galiana trató de moverse, a pesar de que Skade ya la había situado en un estado de parálisis. Intentó gritar, pero el lobo (pues así era exactamente como ella los había llamado) tenía un control absoluto sobre su voz.

Ahora empezaba a recordarlo todo.

—¿Por qué no la mataste?

—No es eso —reprendió la voz—. La pregunta que deberías hacer es distinta: ¿por qué no se suicidó ella antes de llegar a esto? Podría haberlo hecho, lo sabes. Estaba en su mano destruir toda la nave y a todos los que albergaba, solo con desearlo.

—Y entonces, ¿por qué no lo hizo?

—Llegamos a un acuerdo después de matar a su tripulación y dejarla sola. Ella no se suicidaría, siempre que nosotros le permitiéramos regresar a casa. Galiana

sabía lo que eso significaba: invadiríamos su cráneo y hurgaríamos en sus recuerdos.

—¿Pero por qué ella?

—Fue vuestra reina, Skade. En cuanto alcanzamos las mentes de su tripulación, supimos que era la única que realmente nos era necesaria.

Skade guardó silencio. Colores aguamarinas y jades se perseguían en pequeñas oleadas de la ceja a la nuca.

—Nunca se hubiera arriesgado a conducirnos hasta aquí.

—Sí que lo haría, si pensara que el riesgo quedaba compensado por el beneficio de una alerta temprana. Era un compromiso, como comprenderás. Nos dio tiempo para aprender y la esperanza de descubrir mucho más. Algo que hemos hecho, Skade.

Skade se llevó un dedo al labio superior y después lo sostuvo por delante, como si comprobara la dirección del viento.

—Si de verdad sois una inteligencia alienígena superior y sabéis dónde estamos, ya hubierais venido a por nosotros.

—Muy bien, Skade. Y en cierto sentido tienes razón. No sabemos exactamente adónde nos ha traído Galiana. Es decir, yo sí lo sé, pero no puedo comunicar esa información a mis compañeros. Pero eso carecerá de importancia. Sois una cultura que explora las estrellas. Dividida en diversas facciones, cierto, pero desde nuestra perspectiva esas distinciones son irrelevantes. Gracias a los recuerdos que hemos extraído y a las memorias en las que aún nadamos, conocemos de forma aproximada la región del espacio que habitáis. Os estáis expandiendo y la superficie de la envoltura de vuestra propagación crece geométricamente, de modo que en todo momento aumenta la probabilidad de que os encontréis con nosotros. Ya ha sucedido una vez, y puede haber ocurrido en cualquier otro lugar, en otros puntos de la frontera de la esfera.

—¿Por qué me cuentas esto? —preguntó Skade.

—Para asustarte, ¿qué otro motivo podría haber?

Pero Skade era demasiado lista para picar.

—No, tiene que haber otra razón. Quieres que piense que podrías ser útil, ¿no es verdad?

—¿Y cómo? —susurró divertida la voz del lobo.

—Podría matarte en este mismo momento. Al fin y al cabo, la advertencia ya ha sido entregada.

Si Galiana fuese capaz de moverse o de parpadear siquiera, hubiese respondido con una afirmación enfática. Quería morir. ¿Para qué vivir ya? Clavain se había ido, Felka también. Estaba convencida de ello, tan segura como de que, por muy ingenuos que fueran los combinados, nunca la liberarían de lo que había dentro de su cabeza.

Skade estaba en lo cierto. Galiana había cumplido su propósito, desempeñando su último deber para con el Nido Madre. Ya sabían que los lobos estaban ahí fuera y que, con toda seguridad, se aproximaban poco a poco, olfateando la sangre humana.

No había motivo para que la mantuvieran viva ni un minuto más. El lobo no dejaría de buscar una oportunidad de escapar de su cabeza, sin importar lo vigilante que fuera Skade. El Nido Madre podría aprender algo de él, alguna pista accesoría, su motivación o quizá un punto débil, pero, ante eso, había que contraponer las terribles consecuencias que tendría su huida.

Galiana lo sabía. De igual modo que el lobo había accedido a sus recuerdos, también ella percibía parte de su historia, mediante algún tenue proceso, quizá deliberado, de retrocontaminación. No había nada concreto, muy poca cosa que realmente se pudiera plasmar en palabras. Pero lo que sintió era una letanía de xenocidio quirúrgico con evos de antigüedad, un abominable proceso de limpieza declarado contra las especies inteligentes emergentes. Los registros se habían preservado con macabra meticulosidad burocrática a lo largo de cientos de millones de años de tiempo galáctico, en los que cada nueva extinción no era más que una anotación en el libro de contabilidad. Detectó la ocasional desinfección desesperada, matanzas selectivas iniciadas después de lo que sería deseable. Incluso notó las raras ocasiones en las que había tenido lugar una intervención brutal, cuando los exterminios previos no se habían realizado de forma satisfactoria.

Pero lo que no halló en ningún momento fue un fracaso definitivo.

De repente, por sorpresa, el lobo se echó a un lado. Le estaba dejando hablar.

—Skade —dijo Galiana.

—Dime.

—Mátame, por favor. Mátame ya.

Antoinette Bax observó al proxy de la policía desplegarse desde la escotilla. La máquina consistía básicamente en una armadura negra compuesta por planos y unos afilados miembros articulados, como una escultura hecha con muchos pares de tijeras. Estaba mortalmente frío, porque viajaba agarrado a la parte exterior de uno de los tres cúteres policiales que ahora inmovilizaban su nave. La escarcha del propelente, de color orín, hervía en pequeños remolinos y hermosas hélices.

—Por favor, manténgase a distancia —dijo el proxy—. No se recomienda el contacto físico.

La nube de propelente tenía un olor tóxico. Antoinette cerró de golpe su visera en cuanto el proxy asomó por la escotilla.

—No sé qué espera encontrar aquí —dijo, siguiéndolo a cierta distancia.

—No lo sabremos hasta que lo encontremos —respondió el proxy, que ya había identificado la frecuencia de la radio de su traje.

—Mire, no soy una contrabandista. No me apetece demasiado acabar muerta.

—Eso es lo que dicen todos.

—¿Por qué iba a querer meter nadie un alijo en el hospicio Idlewild? Son un hatajo de pirados religiosos y ascéticos, no unos tipos metidos en el contrabando.

—Vaya, parece que sabe un par de cosas sobre contrabando, ¿verdad?

—Nunca he dicho...

—No importa. El caso es, señorita Bax, que estamos en guerra. Yo diría que no se puede descartar nada.

El proxy se detuvo y se flexionó. Largos copos de hielo amarillo se desprendieron con un crujido de los ejes de sus articulaciones. El cuerpo de la máquina era un huevo negro rebordeado del que surgían numerosos miembros, manipuladores y armas. Dentro no había espacio para el piloto, solo para la maquinaria necesaria para mantener al proxy en contacto con el verdadero piloto, que seguía dentro de uno de los tres cúteres, desprovisto de los órganos no esenciales e incrustado en una lata de soporte vital.

—Puede comprobarlo con el hospicio, si quiere —le dijo Antoinette.

—Ya he pedido información al hospicio. Pero en temas como este, es preferible asegurarse por completo de que todo es legítimo, ¿no está de acuerdo?

—Estaré de acuerdo con todo lo que diga, si con eso se larga de mi nave.

—Umm. ¿Y por qué tiene tanta prisa?

—Porque tengo un congelado..., lo siento, un pasajero en criogenia. Y no quiero que se me derrita encima.

—Me gustaría mucho ver a ese pasajero, ¿sería posible?

—No tengo mucho margen para negarme a ello, ¿no es cierto? —Ya se esperaba algo así, por lo que se había puesto el traje de vacío mientras esperaba la llegada del proxy.

—Bien, no nos llevará ni un minuto y después podrá proseguir su camino. —La máquina hizo una pausa antes de añadir—: Siempre, desde luego, que no exista ninguna irregularidad.

—Es por aquí.

Antoinette hizo descender un panel lateral y quedó a la vista un pasadizo que conducía de regreso a la bodega de carga principal del *Ave de Tormenta*. Dejó que el proxy fuera en cabeza, decidida a hablar poco y aún menos a proporcionar información *motu proprio*. Su actitud podía parecer terca, pero despertaría muchas más sospechas si empezaba a mostrarse colaboradora. La milicia de la Convención de Ferrisville no era muy popular, una realidad que, desde hacía tiempo, habían adaptado a sus tratos con los civiles.

—Menuda nave tienes, Antoinette.

—Señorita Bax para usted. No recuerdo que nos tuteáramos.

—Señorita Bax, entonces. Pero mi argumento es el mismo: su nave puede parecer común y corriente, pero delata todos los signos de ser mecánicamente sólida y fiable en el espacio. Una nave con tales capacidades podría obtener beneficios en gran cantidad de rutas comerciales perfectamente legales, incluso en estos tiempos oscuros.

—Entonces no sentiré ningún interés en pasarme al contrabando, ¿verdad?

—No, pero hace que me pregunte por qué echa a perder una oportunidad así realizando un peculiar encargo para el hospicio. Tienen influencia, pero, por lo que podemos deducir, no gran cosa en lo relativo a verdaderas riquezas. —La máquina volvió a hacer una pausa—. Tiene que reconocerlo, resulta un tanto misterioso. La ruta usual es que los congelados provengan del hospicio, no que lleguen a él. E incluso mover un cuerpo congelado de un lado a otro resulta inusual, la mayoría se derrite antes de poder salir de Idlewild.

—Mi trabajo no consiste en hacer preguntas.

—Bueno, pues resulta que el mío sí. ¿Falta mucho?

La bodega de carga no estaba presurizada en esos momentos, así que tuvieron que realizar el ciclo de una cámara estanca interna para poder llegar hasta allí. Antoinette encendió las luces. El enorme volumen carecía de cargamento pero estaba ocupado por un entramado de almacenamiento, un armazón tridimensional al que normalmente se amarraban los palés de carga y los tanques. Comenzaron a trepar por él. El proxy escogía su camino como una tarántula, con sumo cuidado.

—Entonces es verdad, viaja sin carga. Aquí dentro no hay ni un solo contenedor.

—No es un delito.

—No he dicho que lo sea. Sin embargo, resulta raro en extremo. Los mendicantes deben de estar pagándola realmente bien para justificar un viaje como este.

—Ellos ponen las condiciones, no yo.

—Cada vez resulta más curioso.

Desde luego, el proxy estaba en lo cierto. Todo el mundo sabía que el hospicio cuidaba de los congelados en cuanto los desembarcaban de las naves recién llegadas: los pobres, los heridos, los amnésicos incurables. Los derretían, los revivían y los rehabilitaban en los alrededores del lugar, donde eran atendidos por los mendicantes hasta que se recuperaban lo suficiente para partir, o al menos hasta que eran capaces de desempeñar una serie mínima de funciones humanas básicas. Algunos de los que nunca llegaban a recuperar la memoria decidían quedarse en el hospicio y se preparaban para convertirse ellos también en mendicantes. Pero algo que el hospicio por lo general no hacía era encargarse de los congelados que no llegaban en una nave interestelar.

—De acuerdo —dijo ella—. Me contaron lo siguiente: hubo un error. La documentación del tipo se traspapeló durante el proceso de desembarco y lo confundieron con otro cachorrillo al que el hospicio solo debía supervisar, sin encargarse de revivirlo. Se suponía que al otro hombre solo tenían que mantenerlo frío hasta que llegara a Ciudad Abismo y después recalentarlo.

—Inusual —dijo el proxy.

—Parece que al tipo no le gustaba el viaje espacial. Bueno, la jodieron pero bien. Para cuando descubrieron el error, el congelado erróneo ya estaba a mitad de camino de C. A. Una grave metedura de pata que el hospicio pretende arreglar antes de que la cosa vaya a peor. Así que me llamaron. Recogí el cuerpo en el Cinturón Oxidado y ahora lo devuelvo a toda prisa a Idlewild.

—¿Pero por qué tanta prisa? Si el cuerpo está congelado, seguramente...

—La arqueta es una pieza de museo y en los últimos días se ha visto muy maltratada. Además, hay dos familias que están empezando a hacer preguntas incómodas. Cuanto antes vuelvan a intercambiar a las crías, mejor.

—Comprendo que los mendicantes deseen manejar esto de modo discreto. La excelente reputación del hospicio se vería mancillada si algo así saliera a la luz.

—Desde luego. —Antoinette se permitió un minúsculo gesto de alivio pero, durante un peligroso instante, se sintió tentada de retroceder a su fingida obstinación. En lugar de eso, añadió—: Ahora que ya ve todo el panorama, ¿qué tal si me deja seguir mi camino? No querrá fastidiar al hospicio, ¿verdad?

—Desde luego que no. Pero ya que hemos llegado hasta aquí, sería una pena no echarle una ojeada al pasajero, ¿no cree?

—Claro —entonó ella—. Una auténtica pena.

Llegaron hasta la arqueta. Se trataba de una unidad de sueño frigorífico de aspecto anodino, alojada cerca de la parte posterior de la bodega de carga. Era de color plateado mate y tenía una ventanilla rectangular de cristal ahumado situada en la superficie superior. Por debajo, cubierto por su propio escudo de cristal

ahumado, había un panel empotrado que contenía los controles y los visualizadores de estado. Unas trazas de colores poco definidos temblaban y se desplazaban bajo el vidrio.

—Un lugar extraño para situarlo, aquí tan atrás —dijo el proxy.

—No desde mi punto de vista. Está cerca del portón de panza, así la carga fue rápida y la descarga lo será aún más.

—Está bien. No le importa si le echo una mirada más de cerca, ¿verdad?

—Considérese como en su casa.

El proxy correteó hasta quedar a menos de un metro de la arqueta. Extendió sus extremidades, con sensores en los extremos, pero no llegó a tocar ninguna zona. Estaba siendo extremadamente cauto, no quería correr el riesgo de dañar una propiedad del hospicio o de hacer algo que pudiera poner en peligro al ocupante de la unidad.

—¿Ha dicho que este hombre pasó hace poco por Idlewild?

—Solo sé lo que me han contado desde el hospicio.

El proxy tamborileó sobre su propio cuerpo con uno de sus miembros, pensativo.

—Es raro, porque últimamente no ha venido ninguna nave de gran tamaño. Ahora que la información sobre la guerra ha tenido tiempo de llegar hasta los sistemas más lejanos, Yellowstone no es, ni de lejos, un destino tan popular como solía.

Ella se encogió de hombros.

—Entonces mantenga una charla con el hospicio, si tanto le molesta. Todo lo que yo sé es que tengo un cachorro y lo quieren de vuelta.

El proxy extendió algo que ella tomó por una cámara y sondeó por la ventanilla situada en la cara superior de la arqueta.

—Bueno, decididamente es un hombre —dijo, como si eso debiera suponer alguna novedad para ella—. Y está inmerso en un profundo sueño frigorífico. ¿Le importa si extraigo esa ventana de estado y echo una mirada a las lecturas, ya que estoy aquí? Si existe algún problema, es probable que pueda prepararle una escolta que la conduzca al hospicio en un abrir y cerrar de ojos.

Antes de que Antoinette pudiera responder o dar forma a alguna objeción plausible, el proxy ya había abierto el panel de cristal ahumado que cubría la matriz de controles y visualizadores de estado. Se inclinó cada vez más cerca, mientras se sostenía contra los palos de la retícula de almacenamiento, y barrió arriba y abajo la pantalla con su ojo, deteniéndose en varios puntos.

Antoinette miró impotente y sudorosa. Las pantallas parecían bastante convincentes, pero cualquiera que tuviera experiencia con una arqueta de sueño frigorífico hubiese sospechado al instante. No eran exactamente como deberían si el ocupante hubiese estado sumido en una hibernación criogénica normal. Y en cuanto se despertaran esas sospechas, solo harían falta unas cuantas averiguaciones más e investigar un poco algunos de los modos ocultos del visualizador para sacar a la luz la verdad.

El proxy escrutó las lecturas y luego se apartó, en apariencia satisfecho. Antoinette cerró los ojos por un instante y después lo lamentó. El proxy volvió a acercarse a la pantalla mientras extendía un delicado manipulador.

—Si fuese usted no tocaría...

El proxy tecleó unos comandos en el panel de lecturas. Aparecieron diferentes trazas, formas de onda que se retorcían de un color azul eléctrico, seguidas de temblorosos histogramas.

—Esto no tiene buen aspecto —dijo el proxy.

—¿Cómo?

—Casi parece como si el ocupante ya estuviera muer...

De pronto, tronó una nueva voz.

—Discúlpeme, señorita...

Antoinette maldijo para sus adentros. Le había dicho a Bestia que se callara mientras ella se las arreglaba con el proxy. Pero tal vez debiera aliviarla que Bestia hubiera decidido ignorar aquella orden en particular.

—¿De qué se trata, Bestia?

—Una transmisión entrante, señorita, enfocada directamente hacia nosotros. Punto de origen: hospicio Idlewild.

El proxy se apartó de una sacudida.

—¿De quién es esa voz? Creía que había declarado que estaba sola.

—Y lo estoy —replicó ella—. Solo es Bestia, la subpersona de mi nave.

—Bueno, pues dígale que se calle. Y la transmisión del hospicio no va dirigida a usted. Es la respuesta a una petición que yo he transmitido antes...

La voz incorpórea de la nave bramó:

—¿Qué hago con la transmisión, señorita...?

Ella sonrió.

—Reproduce ese condenado mensaje.

La atención del proxy se apartó de la arqueta. Bestia retransmitió el mensaje hasta el visor del casco de Antoinette, de modo que parecía como si la mendicante estuviera en medio de la bodega de carga. Antoinette supuso que el piloto estaba accediendo a su propio canal de telemetría desde uno de los cúteres.

La mendicante era una Nueva Anciana. Como siempre, Antoinette encontró un tanto chocante ver a un genuino anciano. Vestía el griñón almidonado y las vestiduras de su orden, blasonadas con el emblema en forma de copo de nieve del hospicio. Sus manos increíblemente venosas y viejas se cruzaban por debajo de su pecho.

—Mis disculpas por el retraso al responder —dijo—. Volvemos a tener problemas con el encaminamiento de nuestra red, bien lo sabéis. En fin, vayamos con los formalismos. Mi nombre es hermana Amelia y quiero confirmar que el cuerpo..., el individuo congelado... a cargo de la señorita Bax es propiedad temporal y muy querida del hospicio Idlewild y de la Sagrada Orden de los Mendicantes del Hielo. La señorita Bax está apresurando amablemente su regreso inmediato...

—Pero el cuerpo está muerto —dijo el proxy.

La mendicante prosiguió:

—... y por lo tanto agradeceríamos la mínima interferencia posible por parte de las autoridades. Hemos contratado en varias ocasiones anteriores los servicios de la señorita Bax y no hemos obtenido otra cosa que una satisfacción completa con su modo de manejar nuestros asuntos. —La mendicante sonrió—. Estoy convencida de que la Convención de Ferrisville valora la necesidad de ser discretos en un tema como este. Al fin y al cabo, tenemos una reputación que mantener.

El mensaje terminó. La mendicante parpadeó y se esfumó, y Antoinette se encogió de hombros.

—¿Ve? En todo momento le he contado la verdad.

El proxy la estudió con uno de sus sensores revestidos.

—Aquí pasa algo. El cuerpo dentro de esa arqueta está clínicamente muerto.

—Mire, ya le he dicho que la unidad es antigua. Las lecturas fallan, eso es todo. Sería muy estúpido cargar por ahí con un cadáver metido en una arqueta de sueño frigorífico, ¿no cree?

—Aún no he terminado con usted.

—Puede que no, pero por ahora sí, ¿verdad? Ya ha oído lo que ha dicho la amable dama mendicante. «Apresurando su regreso inmediato», me parece que esa es la frase que ha usado. Suena bastante oficial e importante, ¿no cree? —Extendió el brazo y deslizó de nuevo la tapa sobre el panel de estado.

—No sé en qué anda metida —le dijo el proxy—, pero puede estar segura de que llegaré hasta el final de todo esto.

Ella sonrió.

—Estupendo, gracias. Que tenga un buen día. Y ahora desaparezca de mi nave.

Después de que se marchara la policía, Antoinette conservó el mismo rumbo durante una hora para mantener la farsa de que su destino era el hospicio Idlewild. Entonces viró bruscamente, quemando combustible a un ritmo que la hizo estremecer. Una hora después ya había dejado atrás la jurisdicción oficial de la Convención de Ferrisville y abandonaba Yellowstone y su guirnalda de comunidades satélite. La policía no volvió a tratar de alcanzarla, pero eso no la sorprendió. Les hubiese costado demasiado combustible, quedaba ya fuera de su esfera de influencia teórica y, como acababa de entrar en la zona de guerra, había muchas posibilidades de que de todos modos terminase muerta. Simplemente, no les merecía la pena.

Con ese espíritu tan reconfortante, Antoinette transmitió al hospicio un mensaje codificado de agradecimiento. Les quedaba reconocida por el favor que le habían hecho y, como hacía siempre su padre en circunstancias similares, prometió corresponder si el hospicio necesitaba algún día su ayuda.

Le llegó un mensaje de respuesta de la hermana Amelia: «Suerte y rapidez con tu misión, Antoinette. Jim estaría muy orgulloso».

Eso espero, pensó Antoinette.

Los diez días siguientes transcurrieron sin apenas sucesos dignos de mención. La nave se comportó a la perfección, sin ofrecer siquiera la clase de fallos técnicos de menor grado que hubiese sido agradable reparar. En una ocasión, en el alcance límite del radar, creyó que un par de banshees la seguían, tenues señales furtivas que se cernían en el extremo de su capacidad de detección. Solo por si acaso conectó los elementos disuasorios, pero después de ejecutar una maniobra evasiva que demostró a los banshees lo difícil que sería abordar por las malas el *Ave de Tormenta*, las dos naves volvieron a desvanecerse en las sombras, en busca de otra víctima que saquear. No volvió a verlas.

Tras aquella breve excitación, no quedó gran cosa por hacer en la nave salvo comer y dormir, y trató de evitar esto último tanto como podía permitirse de forma razonable. Sus sueños eran repetitivos e inquietantes: noche tras noche era tomada prisionera por las arañas, raptada de una nave de línea que cubría un trayecto entre los carruseles del Cinturón Oxidado. Las arañas la conducían a una de sus bases cometarias en la frontera del sistema. Allí le abrían el cráneo por la mitad e introducían refulgentes artilugios de interrogación en la blanda masa gris de su cerebro. Entonces, justo cuando casi se había convertido ella también en una araña, cuando sus propios recuerdos estaban a punto de ser borrados y ya le introducían todos los implantes que la atarían a su mente comunal, llegaban los zombis. Asaltaban el cometa en hordas de naves de combate con forma de cuña, disparando contra el hielo cápsulas de penetración en forma de sacacorchos que lo derretían hasta alcanzar las madrigueras del núcleo. Allí soltaban valientes soldados de roja armadura que arrasaban el laberinto de túneles del cometa, matando arañas con la precisión humana de unos soldados entrenados para no desperdiciar nunca un solo dardo, bala o carga de munición.

Un apuesto recluta zombi la sacaba de la sala de interrogatorios y adoctrinamiento de las arañas, le aplicaba los procedimientos médicos de emergencia para purgar de su cerebro las máquinas invasoras, curaba y suturaba su cráneo y por último la situaba en coma recuperador para el largo viaje de vuelta a los hospitales civiles del sistema interior. Sostenía su mano mientras la llevaban a la sala fría.

Era casi siempre la misma mierda. Los zombis la habían infectado con un sueño de propaganda y, aunque había tomado el régimen de agentes purgantes que solía estar recomendado, no lograba librarse por completo de él. Aunque tampoco lo deseaba especialmente: la única noche que había dormido sin verse asaltada por la publicidad de los demarquistas, se había pasado todo el tiempo soñando cosas tristes sobre su padre.

Sabía que la propaganda zombi era, hasta cierto punto, exagerada. Pero solo en los detalles; nadie ponía en duda lo que hacían los combinados a cualquiera con tan mala suerte como para convertirse en su cautivo. Del mismo modo, Antoinette

estaba segura de que ser tomada prisionera por los demarquistas no debía de ser lo que se dice una merienda campestre.

Pero el conflicto quedaba a gran distancia, a pesar de que en teoría se hallaba en la zona de guerra. Había diseñado su trayectoria de modo que evitara los principales frentes de batalla. En alguna ocasión vio lejanos destellos luminosos, indicación de que se estaban entablado combates titánicos a horas luz de su posición actual. Pero en aquellos silenciosos resplandores había algo de irreal que permitió que Antoinette imaginara que la guerra había terminado y que ella se encontraba simplemente en un trayecto interplanetario de rutina. Y eso tampoco estaba tan apartado de la realidad. Todos los observadores neutrales coincidían en que la guerra estaba dando sus últimos coletazos y que los zombis perdían terreno en todos los frentes. Por el contrario, las arañas ganaban mes a mes y avanzaban hacia Yellowstone.

Pero aunque el desenlace estuviera ya claro, la guerra aún no había terminado y ella todavía podía convertirse en una baja más si no andaba con ojo. Y en tal caso podría comprobar lo preciso que era realmente aquel sueño propagandístico.

Pensó en todo eso mientras torcía hacia Sueño Mandarina, el mayor planeta de tipo joviano de todo el sistema Épsilon Eridani. Se acercaba veloz a tres gravedades, con los motores del *Ave de Tormenta* esforzándose a la máxima potencia. El gigante gaseoso era una amenazadora masa de color naranja pálido que se cernía sobre ella, pesadamente lleno de gravedad. Los satélites contra intrusos se apelonaban alrededor del planeta y sus radiofaros ya se habían aferrado a su nave y comenzaban a bombardearla con mensajes cada vez más amenazadores.

Este es un volumen en disputa. Está violando los...

—Señorita..., ¿está segura de todo esto? Uno debe señalar con todo respeto que esta trayectoria es del todo inadecuada para una inserción orbital.

Antoinette hizo una mueca. Era prácticamente todo lo que podía intentar a tres gravedades.

—Lo sé, Bestia, pero hay un motivo excelente para ello. En realidad no vamos a entrar en órbita. En lugar de eso, nos dirigimos a la atmósfera.

—¿Al interior de la atmósfera, señorita?

—Sí, al interior.

Casi pudo oír crujir los engranajes de anticuadas subrutinas que se despereaban por primera vez en décadas. La subpersona de Bestia yacía en una caja protectora refrigerada, con forma cilíndrica y del tamaño aproximado de un casco espacial. Ella solo la había visto un par de veces, ambas durante importantes despieces del ensamblaje del morro de la nave. Con pesados guantes, su padre la había extraído de su contenedor y los dos la habían contemplado con algo parecido al sobrecogimiento.

—¿Al interior de la atmósfera, dice? —repitió Bestia.

—Sé que no acaba de parecerse al procedimiento operativo habitual —reconoció Antoinette.

—¿Está totalmente segura de esto, señorita?

Antoinette se llevó la mano al bolsillo de la camisa y extrajo un trozo de papel impreso. Era ovalado y desgastado, y estaba roto por los bordes. En su superficie, un complejo patrón dibujado con tintas plateadas y doradas reflejaba la tenue luz. Toqueteó aquel pedazo como si fuera un talismán.

—Sí, Bestia —respondió—. Más segura de lo que he estado respecto a cualquier otra cosa.

—Muy bien, señorita.

Bestia, sin duda comprendiendo que una discusión no los llevaría a ninguna parte, comenzó a prepararse para un vuelo atmosférico.

Los planos esquemáticos del tablero de mandos mostraron púas y abrazaderas que la nave recogía en su interior, y escotillas que se cerraban herméticamente como un iris para mantener la integridad del casco. El proceso llevó varios minutos, e incluso así, cuando todo hubo terminado el *Ave de Tormenta* apenas parecía mejor preparado para desplazarse por el aire. Algunos de los bultos y protuberancias restantes resistirían el trayecto, pero todavía restaban unas cuantas espinas y pasadores de amarraje que probablemente serían arrancados al golpear la atmósfera. El *Ave de Tormenta* tendría que valerse sin ellos.

—Ahora escucha —dijo—. En alguna parte de ese cerebro tuyo están las rutinas para manejarte dentro de una atmósfera. Papá me habló de ellas en una ocasión, así que no finjas que nunca has oído hablar de algo así.

—Uno tratará de localizar los procedimientos relevantes a toda prisa.

—Bien —dijo ella, más animada.

—Pero aun así, ¿puede uno preguntar por qué no se mencionó antes la necesidad de esas rutinas?

—Porque, de haber tenido la menor idea de lo que planeaba, hubieses dispuesto de tiempo de sobra para convencerme de no hacerlo.

—Ya ve uno.

—No te hagas el ofendido. Solo estaba siendo pragmática.

—Como desee, señorita. —Bestia hizo una pausa lo bastante larga para lograr que Antoinette se sintiera culpable y grosera—. Uno ha localizado las rutinas. Uno debe señalar con todo su respeto que la última vez que se usaron fue hace sesenta y tres años, y que desde entonces se ha producido cierto número de cambios en el perfil del casco que pueden limitar la eficacia de...

—Perfecto. Estoy segura de que sabrás improvisar.

Pero no era nada fácil convencer a una nave diseñada para el vacío de que nadara en una atmósfera, aunque se tratara de la capa atmosférica superior de un gigante gaseoso, y con una nave tan redonda y generosamente acorazada como la suya. En el mejor de los casos, el *Ave de Tormenta* saldría de aquello con graves daños en el casco que, a pesar de todo, le permitirían cojear hasta llegar a su hogar en el Cinturón Oxidado. En el peor de los casos, la nave nunca volvería a ver espacio abierto.

Y, con toda seguridad, tampoco Antoinette.

Bueno, pensó, al menos había un consuelo: si destrozaba la nave, nunca tendría que comunicarle a Xavier la mala noticia. Podía ser peor.

Surgió un repique apagado en el panel.

—Bestia... —dijo Antoinette—, ¿es eso lo que yo creo?

—Muy posiblemente, señorita. Contacto de radar a dieciocho mil kilómetros de distancia, a tres grados justo por delante de nuestro rumbo, y apartado dos grados del norte de la eclíptica.

—Mierda. ¿Estás seguro de que no es un faro o una plataforma de armas?

—Demasiado grande para cualquiera de ambas opciones, señorita.

Antoinette no necesitaba ningún cálculo mental para deducir lo que eso significaba. Había otra nave entre ellos y la capa exterior del gigante gaseoso, otra nave cerca de la atmósfera.

—¿Qué puedes decirme de ella?

—Se aleja poco a poco, señorita, en curso directo hacia la atmósfera. Más bien parece como si planeara ejecutar una maniobra similar a la que usted tiene en mente, aunque se mueve varios kilómetros por segundo más rápido y su ángulo de aproximación es considerablemente más pronunciado.

—Suenan como un zombi... ¿No crees, eh? —dijo de forma atropellada, tratando de convencerse a sí misma.

—No hay necesidad de realizar conjeturas, señorita. La nave acaba de fijar un haz estrecho sobre nosotros. El protocolo del mensaje es, en efecto, demarquista.

—¿Y por qué cojones se molestan en enfocarnos con un haz estrecho?

—Uno sugiere con todo respeto que lo averigüe.

Un haz estrecho era un medio de comunicación innecesariamente escrupuloso con dos naves tan próximas. Una simple emisión de radio habría funcionado igual de bien, y habría eliminado la necesidad de que la nave zombi apuntara su láser de mensajes justo al objetivo en movimiento que suponía el *Ave de Tormenta*.

—Saluda a quien sea —ordenó—. ¿Podemos devolverles otro haz estrecho?

—No sin volver a desplegar algo que me acaba de costar mucho esfuerzo replegar, señorita.

—Entonces hazlo, pero no olvides volver a guardarlo después.

Oyó la maquinaria que impulsaba una de las púas de regreso al vacío. Hubo un veloz chirrido de protocolos de mensaje entre ambas naves y después, de repente, Antoinette se encontró mirando el rostro de otra mujer. Parecía (si tal cosa era posible) más cansada, demacrada y tensa de lo que la propia Antoinette se sentía.

—Hola —dijo Antoinette—. ¿Puede verme bien?

El asentimiento de la mujer fue apenas perceptible. Su rostro de labios tirantes sugería amplias reservas de furia contenida, como el agua que se escurre por una presa.

—Sí, puedo verla.

—No esperaba encontrarme a nadie aquí fuera —comentó Antoinette—. Pensé que no era mala idea responder también por haz estrecho.

—No hacía falta que se molestara.

—¿Que me molestara? —repitió Antoinette.

—No después de que su radar ya nos hubiera iluminado. —La calva afeitada de la mujer brilló con un tono azulado cuando bajó la mirada para estudiar algo. No parecía mucho mayor que Antoinette, pero con los zombis uno nunca podía estar seguro.

—Er..., y eso es un problema, ¿verdad?

—Lo es cuando tratamos de escondernos de algo. No sé por qué está usted por aquí y, francamente, no me importa gran cosa. Sugiero que aborte lo que esté planeando. Este planeta joviano es un volumen en disputa, lo que significa que tendríamos todo el derecho a volarla por los aires en este mismo instante.

—No tengo ningún problema con los zom... con los demarquistas —dijo Antoinette.

—Me alegra mucho oírlo. Ahora dé media vuelta.

Antoinette desvió de nuevo la mirada en dirección al trozo de papel que se había sacado del bolsillo de la camisa. El dibujo mostraba un hombre que lucía un antiguo traje espacial, de esos que tenían junturas de fuelle, y que sostenía una botella a la altura de sus ojos. El anillo del cuello donde debería llevar abrochado el casco era una elipse rota de plata brillante. Sonreía mientras miraba la botella, que brillaba con un líquido dorado.

No, pensó Antoinette. *Es hora de actuar con decisión.*

—No voy a dar media vuelta —dijo—. Pero le doy mi palabra de que no quiero robar nada del planeta. No voy a acercarme siquiera a sus refinerías, ni nada parecido. Ni siquiera pienso abrir mis tomas. Solo entro y salgo, y no volveré a molestarlos más.

—Perfecto —dijo la mujer—. Me alegra oír eso. El problema es que no soy yo quien debería preocuparle.

—¿No?

—No. —La mujer sonrió comprensiva—. Pero sí la nave que tiene detrás, la que no creo que haya descubierto todavía.

—¿Detrás de mí?

La mujer asintió.

—Tiene las arañas a su espalda.

Fue entonces cuando Antoinette supo que estaba metida en serios problemas.